

Si fuera en mí tan reciente
 La nobleza como el don,
 Diera á tu murmuración
 Causa y razon suficiente;
 Pero, si sangre heredé
 Con que presuma y blasone,
 ¿Quién quitará que me endone
 Cuando la gana me dé?
 ¿Qué es *don*, y qué significa?
 —Es accidente del nombre,
 Que la nobleza del hombre
 Que le tiene nos publica.
 Pues, pregunto agora yo:
 Un hábito ¿es cosa fea
 Ponérsele, cuando sea
 Viejo un caballero? No.
 Luego, si es noble, es bien hecho
 Ponerse don siempre un hombre,
 Pues es el don en el nombre
 Lo que el hábito en el pecho. (365)

Así dice, por boca de Tristan, en *La Prueba de las promesas*, comedia de que quiero decir dos palabras. Leyendo *El Conde Lucanor*, de Don Juan Manuel, en edicion sevillana hecha por Argote de Molina el año de 1575, aquella antigua floresta de preciosísimos apólogos brindóle con uno que, ó le pareció de admirable efecto en el teatro, ó interpretaba quizá oculto resentimiento del poeta. Que los hombres cuando solicitan y esperan se ostentan bizarros en prometer, y en llegando la hora de la paga

se tornan desagradecidos y aun crueles, amargo desengaño es que el mundo ofrece cada dia. Que por las virulentas sátiras de Villamediana, durante el invierno de 1617, contra los ministros y personas influyentes en el gobierno de la Monarquía, soliviantada la opinion, habíase de encender en ira el honrado pecho, considerando la corrupcion de los poderosos y favoritos, tan prodigos en deslumbradoras promesas, y tan opuestos á las buenas obras, es un hecho sobre que no cabe disputa. ALARCON, á fuer de filósofo y moralizador, no podía ser mudo en tan apropiada fábula, ni contenerse en reprobar los excesos del poder, y con ellos los desórdenes públicos. Diviértese juntamente en ridiculizar algunas costumbres del tiempo, como la de usar pantorrillas postizas, que se vendian en las covachuelas de San Felipe el Real; con desden habla de las casas de conversacion, y así contesta á la injuria de Figueroa; y responde, tambien, á los que le echaban en rostro haber abandonado su patria:

¿Mi patria? Patria es aquella
 Donde tiene amor su bien; (366)

dando tan delicada prueba de cariño á la señora de sus pensamientos. Salpica finalmente el día-

logo de máximas bellas y profundas, como las que se me vienen á la memoria:

Porque hay favorecidos, hay celosos;
Despierta el cuidadoso al descuidado,
Y desdichados hay porque hay dichosos. (367)

Desplegando tanta gala de ingenio, contestando á tanto, y puestos los ojos en tantas cosas, jamás pierde de vista que la unidad del drama está en condenar el desvanecimiento del poder, y la ingratitud, crujendo el látigo contra los miserables reptiles, ambiciosos de prometer cuando solicitan y se encuentran desvalidos, y luego los más duros en agradecer y cumplir sus promesas el día que ven satisfecho su deseo; pues creen no haber menestar ya la ayuda de nadie, por mirarse tan altos, ó mucho más, que sus favorecedores.

La última de las comedias que estaban en farfara al salir á luz *El Pasajero*, fué la muy linda, de costumbres y caracteres, que se intitula *Mudarse por mejorarse*, impresa tambien con los nombres de *Dejar dicha por más dicha*, y *Por mejoría mi casa dejaría*; una de las más tersas, y quizá la más arreglada de cuantas compuso ALARCON. Préstalle singular realce las bellezas de forma y de pensamiento que esmaltan

el diálogo; en tanto que la verdad, la gracia y delicadeza con que ideó los tipos de las mujeres, dejan ya ver al maestro, cuya admirable viveza de ingenio sorprende, y cuyo gran conocimiento del corazón humano cautiva.

La mudanza y la firmeza han de ser, mientras dure el mundo, el gran pleito de amor:

LEONOR.

Firme es quien hace desprecio
De otra ocasion más dichosa.

GON GARCÍA.

Confieso, Leonor hermosa,
Que ese es firme; pero es necio.

LEONOR.

¿Luego en quien fuere discreto
No hay que poner confianza.
Si disculpa la mudanza
El mejorar de sugeto?

DON GARCÍA.

Claro está.

LEONOR.

Pues siendo así,
Y que os tengo, Don García,
Por cuerdo, y dejais mi tia
Por mejoraros en mí,

Perdóneme vuestro amor;
Que á resistir me prevengo,
Hasta que sepa si tengo,
Otra sobrina mejor. (368)

Pues esta fábula escogió el corcovado para introducir un Figueroa de su invencion, escudero, el cual respondiera al escritor de carne y hueso Figueroa, que osó negar á DON JUAN RUIZ DE ALARCON el noble y tercer apellido de MENDOZA:

Aun con solo un nombre, veo
Que no me dejan vivir,
Y hay quien ha dado en decir
Que sin razon lo poseo;
Mas procuren de mil modos
Los malsines murmurar;
Que, por Dios, que al acostar
Estamos desquitos todos. (369)

Y con tal desprecio concluye por tratar el libro de *El Pasajero* y á su autor en la escena II del último acto:

MENCIA.

Si Figueroa porfia
Que lleva puesta la proa
En eso....

LEONOR.

¿De Figueroa
Haces tú caso, Mencía?

MENCIA.

Hace libros.

LEONOR.

El papel

Echa á mal.

MENCIA.

Pues, por mil modos,
Dice en ellos mal de todos.

LEONOR.

Y todos, dellos y dél.

Quien, sin saber qué hacen, distingue á lo lejos revuelta multitud bailando, es posible que los tenga por dementes, mientras no se acerque y oiga el acordado són de los instrumentos, y vea que danzan á compás los que imaginaba locos. Así tambien, oficio es del historiador y el crítico acercarse á las pasiones y á las circunstancias de nuestros ingenios de los siglos de oro, para convencerse de que, al variable compás de ellas, se mueven y agitan en el rasgo, al parecer, más incongruente y pequeño de sus obras.

Picóle, pues, al linajudo mexicano que cuando los nobles presumían de poetas, y los grandes poetas como Lope, Quevedo y Vélez de Guevara se ufanaban de contar ilustres abuelos, á él le

pusieran en duda los suyos nobilísimos. ¿Cómo callar? ¿Cómo no jactarse de venir de los conquistadores de Cuenca? «Yo vengo de Ferran Martínez de Cevallos, el que ganó el fuerte de Alarcon en las márgenes del Júcar; y vengo de Garci Ruiz de Alarcon, el que, defendiendo la casa de Trastamara contra la de Lancáster, venció en campo á Enrique el Inglés, año de 1390; yo vengo de los Mendozas, señores de Cañete, valentísimos en la conquista de Antequera y en las de Guadix y Granada, vireyes en Nueva-España y el Perú, domadores de Arauco en siete batallas campales; yo....»

Tanto de corcova atrás.

Y adelante, ALARCON, tienes,

Que saber es por demás.

De dónde te corco vienes

Y adónde te corco vas,

extendió por chiste en Madrid, echándola de agudo é ingenioso, el regidor Juan Fernández, aquel no lerdo concejal que en el Prado (y en el sitio precisamente que hoy ocupa el monumento consagrado á los héroes del Dos de Mayo de 1808) acababa de construir una torrecilla aislada, de dos cuerpos, con chapiteles y agujas de pizarra, dobles balcones, en el piso principal, y ventanas en el bajo, fabricada al intento de que desde allí can-

tores y músicos, que pagaba el Municipio, alegrasen aquella parte en las calurosas noches del verano. (370)

Viéndola concluida, y oyéndola el satírico Villamediana celebrar á todos los bonachones pa-seantes, rompió el rasgo con tan maligna agudeza:

¡Buena está la torrecilla!

¡Tres mil ducados costó!....

Si Juan Fernández lo hurtó,

¿Qué culpa tiene la villa? (371)

Desgracia de la coronada y heroica del Manzanares fué, por aquel tiempo (que no todos han de ser fecundos en varones honrados y probos), la de tener por decuriones á algunas personas más atentas á sus provechos que á los del común. Las cuales, como para unas fiestas hubiesen mandado construir, de colosales proporciones y de lienzo y cañas, en la plaza Mayor, el oso y el madroño, armas y blasones de Madrid, ambos rellenos de cohetes, y se quemase la caraca, dieron ocasion al mismo conde para tan sangriento epigrama:

Regidores desta villa,

Agarradores del trato,

Gozad todos del barato,

De la tramoya del coso;

Y pues quemásteis el oso,

Poned por armas un gato. (372)

Pero lo que á Juan Fernández hizo más renombrado fué su casa y huerta, donde los jardines que hoy se dilatan por detrás de la fuente de la Cibéles hasta San Pascual, en el Prado de recoletos, por bajo del Ministerio de la Guerra. Dióles extraordinaria fama y los eternizó para siempre una sazónada comedia, escrita por el maestro Tirso de Molina, con el título de *La Huerta de Juan Fernández*. Su dueño solia permitir que muchas familias disfrutasen de aquel ameno y apacible sitio; y aprovechándose de su posición concejil, supo dotar abundantemente de aguas la huerta, y aun establecer en ella un lavadero público, más cómodo y limpio que los de orillas del Manzanares:

¡Bien háya quien el jabon
 Hizo, y inventó las pilas!
 ¡Bendito sea el regidor
 Que, entre floridos matices,
 Condujo jabonatrices
 Para que se lave amor!
 Ni sus salas ni planteles,
 Cuadros, estatuas, pinturas,
 Grutescos, arquitecturas,
 Rejas, balcones, cancelos,
 Se igualan á la invencion
 Que en tanta pila dilata
 Brazos fregonos de plata
 Entre ninfas de vellon. (373)

Honrándose con lo ilustre de su prosapia el

mexicano, y todavía más con los nobles y cristianossentimientos de alguno de sus mayores, juzgó llegada la ocasion de rendirles debido homenaje, halagar la vanidad de sus aristocráticos parientes, y dar en cara á Juan Fernández y demás envidiosos que le zaherian, componiendo un drama de familia, con el título de *Los favores del mundo*. Pero justo es ya que descansen nuestros lectores, y reservar el asunto para el capítulo siguiente.